

().

Hacia un desarrollo agroecológico desde el campesinado.

Sevilla-Guzmán, Eduardo.

Cita:

Sevilla-Guzmán, Eduardo (1991). *Hacia un desarrollo agroecológico desde el campesinado.* : .

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/eduardo.sevilla.guzman/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pcSe/spv>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Hacia un desarrollo agroecológico desde el campesinado

Eduardo Sevilla Guzmán

I. Introducción ¹

En un reciente libro recopilado por C. Ronal Carroll, John H. Vandermeer y Peter Rosset, estos autores pretenden definir la agroecología a través de un expresivo símil respecto a la industria. Así, establecen que, al igual que en la industria se transforman *inputs* mediante una serie de procesos que permiten obtener un producto, en la agricultura las explotaciones producen alimentos. La diferencia radica en que mientras los ingenieros que producen la factoría conocen todos los procesos productivos que transforman un trozo de acero en un automóvil, los agrónomos que realizan una programación de cultivos desconocen una gran parte de los procesos que tienen lugar en la tierra ².

Aunque la metáfora didáctica sea atractiva y tenga un cierto valor pedagógico, olvida diversas circunstancias que desde una perspectiva sociológica e histórica son sustantivas. En efecto, los hombres llevan nueve milenios produciendo alimentos en sus fábricas naturales siendo, aunque desconocieran sus principios de funcionamiento, capaces de mantener sus mecanismos de reproducción. Por el contrario, en tan sólo unos cientos de años, cuando han empezado a crear fábricas artificiales de alimentos, han desarrollado una forma de producir, precisamente la que ha culminado en la creación de las fábricas de automóviles, que está comenzando a impedir que las *fábricas de alimentos* se autorreproduzcan; es decir, desarrollen su proceso de renovabilidad natural tal como se modeló técnicamente en los «sistemas de uso de la tierra que han sido desarrollados localmente durante largos años de experiencia empírica y experimentación campesina» en la agricultura tradicional. Y ello es el resultado de una forma de producir ideologizada por los esquemas teóricos de la economía convencional tanto en su versión liberal como marxista ³.

Los problemas aparecen como consecuencia de la hegemonía, a escala planetaria de una forma de producir que, siguiendo los esquemas teóricos de la ciencia económica, deja en manos de un mecanismo, socialmente construido pero que se postula como natural —el mercado—, la regulación y el control de los mecanismos de la reproducción biótica y social.

En efecto, como han demostrado recientemente José Manuel Naredo y Juan Martínez Alíer ⁴ respecto a la economía marxista, por un lado, y de forma análoga y con mayor detalle respecto a la economía



«El mes de septiembre». Cuadro de Hans Wertingen (1465-1533).

liberal, los conceptos de capital, inversión y contabilidad nacional, entre otros, entran en colisión con principios de las ciencias naturales tales como las leyes de la termodinámica o el principio de intercambio abierto de la ecología general⁵. El desarrollo torcido del pensamiento económico unido a la lentitud de la renovación científica que esta disciplina posee en sus mecanismos de evolución está llevando a la humanidad a un callejón sin salida; no es que la naturaleza se halle en peligro (aunque sí exista para muchas formas de la vida terrestre), es la sociedad humana quien camina abiertamente hacia su extinción.

No hay duda que la naturaleza proseguirá, pero de lo que tampoco hay duda es de que si continúan produciéndose las modificaciones que la composición química de la atmósfera está experimentando, como consecuencia de la relevante liberación de dióxido de carbono sobre las posibilidades de absorción de los océanos y la fotosíntesis, toda vida superior se extinguirá sobre el planeta en un tiempo histórico muy reducido. Son los modos de producir, valorar y distribuir la riqueza que ha desarrollado la sociedad quienes han generado tal situación. Las políticas ambientales adoptadas por los gobiernos de los llamados «países desarrollados» sólo pueden retrasar el proceso unas cuantas generaciones. Pero la producción de dióxido de carbono de los 10.000 millones de habitantes que habrá dentro de 100 años y de las actividades productivas humanas, ecológicamente superfluas—un automóvil consume cada 1.000 kilómetros la misma cantidad de oxígeno que necesita un ser humano para vivir un año— y energéticamente irrenovables, es algo que será bióticamente imposible de soportar si no cambia la forma de producción y consumo actuales⁶.

Las precisiones socioeconómicas realizadas por la sociedad, y legitimadas académicamente por la «ciencia económica» actual, sobre los ecosistemas son una trágica evidencia empírica de la ineluctable necesidad de un cambio de paradigma para el conjunto de las ciencias sociales. El papel hegemónico desempeñado sobre éstas por la ciencia económica ha determinado que el conjunto de las ciencias sociales se mueva entre la dualidad de los paradigmas liberal y marxista⁷. Los intentos hasta ahora realizados para modificar tales paradigmas introduciendo una perspectiva ecológica no han conseguido aún modificar realmente éstos⁸ aun cuando recientemente se estén realizando notables progresos⁹. En nuestra opinión, el cambio sustantivo aparece del lado de las ciencias naturales y concretamente de la

agroecología ante la necesidad de disciplinar las crueles veleidades señaladas anteriormente por parte de las ciencias sociales, lideradas por la economía y su degeneración crematística¹⁰.

Estos papeles pretenden explorar, desde la perspectiva sociológica de los estudios campesinos¹¹, el concepto de modernización agraria para, desde su crítica, contribuir al establecimiento de la nueva estructura axiomática, que la agroecología llama un nuevo paradigma, en un intento de agrupar conocimientos de las ciencias naturales y sociales a través de su enfoque holístico.

En uno de los pocos tratados de agroecología, se pretenden establecer las bases epistemológicas de esta disciplina a partir de las siguientes premisas¹²:

«1, los sistemas biológicos y sociales tienen potencial agrícola; 2, ese potencial ha sido captado por los agricultores tradicionales a través de un proceso de ensayo, error, selección y aprendizaje cultural; 3, los sistemas biológicos y sociales han coevolucionado de tal manera que la sustentación de cada uno de ellos depende de los otros. Los conocimientos incorporados por las culturas tradicionales mediante el aprendizaje cultural, estimulan y regulan la sustentabilidad de los sistemas sociales y biológicos; 4, la naturaleza del potencial de los sistemas sociales y biológicos puede comprenderse mejor dado nuestro estado actual de conocimiento formal, social y biológico, estudiando cómo la agricultura de las culturas tradicionales ha captado tal potencial; 5, el conocimiento formal, social y biológico; (el conocimiento obtenido del estudio de los sistemas agrarios tradicionales) el conocimiento y algunos de los *inputs* desarrollados por las ciencias agrarias convencionales y la experiencia acumulada por las tecnologías e instituciones agrarias occidentales pueden combinarse para mejorar tanto los agroecosistemas tradicionales como los modernos; 6, el desarrollo agrario, mediante la agroecología, mantener, por un lado, unas opciones culturales y biológicas para el futuro y, por otro, producir un menor deterioro cultural, biológico y medioambiental que los enfoques de las ciencias agrarias convencionales por sí solas.»

Como puede observarse, las dos últimas premisas relativas al conocimiento local, las más relevantes desde nuestra praxis intelectual y política, suponen una innovación sustantiva respecto a la epistemología hegemónica en las ciencias occidentales difícilmente compatible con el paradigma hegemónico en la práctica totalidad tanto de las ciencias naturales como de las ciencias sociales: el pensamiento liberal.

Nuestra posición al respecto pretende ser de una máxima claridad; la agroecología necesita herra-

mientas teóricas vinculadas a una praxis intelectual enfrentada al desarrollo del capitalismo, lo que necesita un nuevo paradigma que, tomando los elementos válidos de los hasta ahora existentes, genere un esquema explicativo global donde los conocimientos acumulados de las ciencias naturales se integren a los de las ciencias sociales.

El hecho de que la agricultura consista en la manipulación por parte de la sociedad de los «ecosistemas naturales» con el objeto de convertirlos en «agroecosistemas» supone una alteración del equilibrio y la elasticidad original de aquéllos a través de una combinación de factores ecológicos y socioeconómicos¹³. Desde esta perspectiva, la producción agraria es el resultado de las presiones socioeconómicas que realiza la sociedad sobre los ecosistemas naturales, produciéndose una coevolución, en el sentido de evolución integrada, entre cultura y medioambiente. El que la economía convencional, tanto desde su perspectiva liberal como marxista, haya olvidado en sus esquemas esta coevolución prácticamente desde su fundación como disciplina científica desde el siglo XIX, nos obliga a rastrear en el pensamiento social a partir de aquellos esfuerzos explicativos de la realidad social que se encuentra en la «antigua tradición» de pensamiento alternativo a las formas de desarrollo socioeconómico hasta ahora adoptadas, desencadenada por la crítica del populismo ruso de la segunda mitad de 1.800¹⁴ y continuada por autores como Alexander V. Chayanov¹⁵ que aunaron su esfuerzo en una praxis intelectual y política contra el desarrollo del capitalismo.

II. La modernización de la agricultura

A partir de la Segunda Guerra Mundial comienza a agudizarse, en los países del centro del sistema económico mundial, una tendencia creciente hacia la monetarización de las relaciones sociales¹⁶.

La política económica de estos gobiernos juega un papel central en el fenómeno y su traslado a las universidades es algo prácticamente automático. Así, la hegemonía de la economía dentro de la anticientífica parcelación del conocimiento en disciplinas controladas por las diferentes tribus académicas inicia un curso imparable que no parece haber alcanzado su cenit en la actualidad.

Los conceptos que alcanzan el máximo esplendor explicativo de la realidad social son los de *crecimiento*, por un lado, y *desarrollo*, por otro. Tales símiles organicistas hacen referencia: el primero, al incremento cualitativo de las variables económicas, preferiblemente macroeconómicas que sitúan los Estados en una jerarquía de progreso; el segundo, al crecimiento armónico y estructural de las instituciones, principalmente económicas pero con pretensiones de abarcar los diversos ámbitos sociales y políticos¹⁷. Así, la democracia de esos países como organización de las instituciones políticas y el orden social por ella implementado, se postulan como idealidad a obtener.

Un concepto sociológico globalizador vendría a caracterizar el progreso obtenido desde occidente por estos países: la conocida *modernización*. Sus máximos constructores serán entre otros, Neil J. Smelser, Gino Germani, J.N. Eisenstadt y Wilbert E. Moore¹⁸. No ha lugar aquí extenderse sobre este concepto en el que las ideas de movilización social, secularización, racionalidad económica y logro individual constituyen sus elementos centrales. Los psicólogos sociales juegan un papel central en la delimitación del concepto de modernización al aportar elementos explicativos respecto tanto a la beneficiosa agresividad del emprendedor de negocios, como a la sana competitividad que genera el mercado: *La Sociedad ambiciosa* de David McClelland es un buen ejemplo¹⁹.

En un esfuerzo de síntesis y como definición provisional para poder introducirnos en los aspectos agrarios, que es el tema que nos ocupa, podría decirse que el concepto de modernización constituye una visión del proceso histórico que supone el paso de una organización social tradicional de carácter campesino con vínculos de parentesco, religión y etnicidad, modelados en el seno de grupos domésticos, a otra con racionalidad, burocratización, tecnología y ciencia como valores esenciales en el marco de la familia nuclear: las sociedades industriales avanzadas. Dentro de tales tendencias el progreso se obtendría mediante la expansión de la economía industrial que rebasando los límites de los grupos étnicos y los Estados nacionales, generaría como unidades de acción agregados supranacionales en una estructura de relaciones políticas, sociales y culturales de cada vez mayor interdependencia económica.

Esta definición es aplicable *en todo* a los países del socialismo real, aunque su génesis teórica haya sido diferente. En un libro de agricultura ecológica publi-

cado recientemente ²⁰ argumento este punto basándose precisamente en la agricultura, como veremos más adelante. A nivel global puede decirse que el concepto de desarrollo de las fuerzas productivas posee una naturaleza análoga a los de crecimiento y desarrollo, que hemos considerado para occidente, aun cuando su fuerza expansiva a otros ámbitos sociales y políticos se vincule a la forma de dominación social y política que genera el despotismo stalinista en los países del socialismo real. «El desarrollo de las fuerzas productivas, gracias al cual la clase obrera debería haber podido romper sus cadenas e instaurar la libertad universal, ha desposeído a los trabajadores de sus últimas parcelas de soberanía, ha radicalizado la división entre el trabajo manual y el intelectual y ha destruido las bases matriciales de un poder en manos de los productores» ²¹.

Pero donde el concepto de desarrollo de las fuerzas productivas adquiere una más clara vinculación a la modernización, tal como ha sido anteriormente definida, es en su aplicación a la agricultura. La ideologización teórica de la economía marxista surge de la aplicación mimética del concepto de producción parcelaria que Marx utiliza en *El Capital* ²², desconociendo su ficción metodológica del dominio del capitalismo en todas las ramas de la producción, por un lado, y mediante la proyección desde el pasado hacia el presente de los elementos estructurales, por otro ²³.

La marginación paulatina de la pequeña explotación campesina en el proceso de penetración del capitalismo en el campo en favor de la explotación agraria a gran escala es analizada por Marx en el tomo I de *El Capital* utilizando la experiencia inglesa («enclosures acts», leyes de pobres, etc.) como forma de contrastación empírica. Por ello la *visión unilineal* del proceso histórico allí reflejada, sólo es válida, en su esquema teórico, para la configuración inicial del centro del sistema económico mundial ²⁴. Pues, bien, la extrapolación de este análisis y su *categorización teórica como explicación universal* constituye el núcleo teórico central a través del cual se interpreta la evolución de la agricultura en el proceso histórico —apareciendo así la versión marxista de la modernización agraria— ²⁵. Sus formuladores fueron Karl Kautsky, por un lado, y Vladimir I. Lenin, por otro ²⁶. Aun cuando ambos autores tuvieran un fuerte enfrentamiento en el terreno de la práctica política ²⁷, su visión del avance del capitalismo en el campo es sustantivamente similar. Y ello no es casual ya que ambos pretendieron dar continuidad teórica al trabajo de Marx y a la lectura que ambos hicieron del

capítulo de *El Capital* antes señalado con un profundo conocimiento de su obra hasta entonces conocida.

En un esfuerzo de síntesis la modernización agraria marxista podría definirse como una interpretación de la evolución de las estructuras agrarias en el proceso histórico a través de las siguientes características: 1, una *evolución unilineal* de la agricultura determinada por *el crecimiento de las «fuerzas productivas»* y *la configuración del progreso como resultado* ²⁸; 2, una *secuencia histórica de fases o modos de producción irreconciliables entre sí* que disciplinan los cambios de la agricultura hasta alcanzar la forma de agricultura industrializada; 3, la centralización y concentración como procesos necesarios al capitalismo industrial que eliminan al campesinado de la agricultura al ser aquél incapaz de incorporarse al progreso técnico; 4, la gran explotación agraria posee *una potencial superioridad técnica* que a través de las ventajas de la «economía de escala», permitirán el crecimiento de su composición orgánica del capital, avanzando así hacia la socialización de la producción agraria, y 5, la existencia de una *contraposición básica entre la gran y pequeña explotación* cuyo desenlace será la proletarianización del campesinado, la polarización social en el campo y la ineluctable aparición de la agricultura industrial.

El pensamiento liberal no posee ningún esquema teórico realmente valioso que pretenda explicar la evolución de la agricultura en el proceso histórico. La pobreza analítica de sus conceptualizaciones surge de la falta de continuidad teórica, en lo que respecta a las ciencias sociales agrarias, de las grandes interpretaciones esbozadas por los fundadores del pensamiento social. Así, los trabajos de Marx Weber, Vilfredo Pareto, Ferdinand Tönnies, Emile Durkheim y tantos otros no encuentran una réplica adecuada en las múltiples disciplinas nacientes ²⁹.

Por otro lado, la hegemonía política e intelectual de USA, por un lado, y de la URSS, por otro, mutilaría de raíz cualquier intento de reflexión teórica sobre la dimensión histórica de las estructuras agrarias. «Por el contrario, la *Mass Society*, por un lado y la *clase obrera industrial*, por otro lado se constituyeron el foco de atención de sus reflexiones, las cuales se veían siempre teñidas por la visión «moderna» de «la agonía del campesinado». Así, el pensamiento liberal, al igual que el marxismo acepta que los procesos evolutivos agrarios han de seguir ineluctablemente distintas etapas de un proceso que se asume secuencial y taxonómicamente único ³⁰». Parece como si hubiera existido por parte de los detentadores del poder una preferencia universal histórica por el sector indus-

trial-urbano. Así, tanto en las sociedades de capitalismo liberal como en las de capitalismo socialista en las primeras *etapas del desarrollo* junto a la «prioridad industrial» aparece una voluntad política de que, por un lado, el campesinado y, por otro, la sociedad rural y el sector agrario contribuyan «con una parte social y económicamente desproporcionada al coste total de la industrialización y urbanización»³¹.

En las economías occidentales, en buena medida, esto sucede como consecuencia de la ideología utópica liberal que presenta a la ciencia económica como instancia de legitimación: el juego perfecto de la oferta y la demanda, que asegura la libre competencia, generará un mecanismo de premiar al laborioso y honrado ahorrador para castigar al despilfarrador, holgazán. Las fuerzas económicas controlan y canalizan por sí solas el desarrollo de la economía. Por tanto, para alcanzar el bienestar de las sociedades avanzadas es necesario seguir el camino marcado por éstas. Curiosamente esta «teoría de las etapas del desarrollo económico», en la que la *laissez-faire* es una necesidad histórica para iniciar el despegue era recomendada a los países atrasados por los países llamados desarrollados que aplicaban a su propias sociedades políticas de dirección y control sobre los procesos económicos para así obtener determinados desarrollos sociales³². Estos desarrollos estaban encaminados a mitigar el coste social que supuso para la agricultura como sector económico y para el campesino como substrato social la industrialización. Las relaciones campo-ciudad en condiciones preindustriales fueron caracterizadas por Palerm en tres hechos básicos: a, son los campesinos quienes proveen la única base económica productiva de la ciudad; b, «el sistema de intercambio entre la producción rural y los servicios urbanos es asimétrico y desigual, aún en el mejor de los casos»; c, lo que genera y apoya tal desigualdad es el sistema de dominio que el sector urbano ejerce, de diversas maneras, sobre el rural³³. Como ya hemos señalado anteriormente, la industrialización que se postula como proceso previo y necesario para la modernización se analiza abstrayendo sus rasgos del modelo inglés. Y ello tanto desde la perspectiva liberal como desde el enfoque marxista. Así, tales pautas son requeridas en ambos casos para alcanzar el capitalismo: para los liberales, como algo beneficioso al dotarnos de un progreso material que la ética del trabajo generalizará en forma socialmente justa; para los marxistas, como un mal transitorio necesario: un infierno provisional y efímero previo a la ascensión al cielo del socialismo.

La revolución industrial en Inglaterra³⁴ «significó un profundo cambio en la estructura agraria y en la urbana, pero no una transformación de las viejas relaciones campo-ciudad de carácter preindustrial». De hecho la acumulación que permitió la expansión manufacturera tenía como su fuente principal a la agricultura nacional y al comercio internacional, que es otra manera de decir también a los agricultores de los países dependientes y coloniales. Sin embargo, los efectos primeros y mayores de la revolución industrial sobre el campo no se expresaron, sólo ni sencillamente, en un mero aumento de las tasas de explotación económica. *La organización agraria tradicional fue destruida a lo largo de un período relativamente breve*, y que fue reduciéndose paulatinamente en las siguientes experiencias. En Inglaterra los campesinos, en grandes números, fueron forzados primero a abandonar la agricultura y luego, a marchar a las ciudades e integrarse en la producción manufacturera y a los servicios, o a convertirse en vagabundos perseguidos, encarcelados y ahorcados. La tierra fue progresivamente dedicada a los rebaños para producir lana, la materia prima fundamental para la industria naciente. Entre tanto, en los territorios coloniales la organización agraria era destruida con la misma ferocidad. Las actividades artesanales de los campesinos fueron prohibidos para aumentar el mercado de las manufacturas inglesas; las mejores tierras se dedicaron al cultivo de materias primas para la industria metropolitana, como el algodón, o de artículos de consumo para la exportación en gran escala, como el azúcar. La «economización» creciente del campesino alcanzó su apogeo con la esclavitud y el tráfico comercial de los seres humanos³⁵.

Si la acumulación capitalista privada británica es el ejemplo paradigmático para el pensamiento liberal, la acumulación socialista soviética, que se lleva a cabo a través del Estado, puede igualmente ser el paradigma del pensamiento marxista ortodoxo constructor del socialismo real³⁶; sobre todo en lo que se refiere al impacto y repercusiones sociales que tal proceso tiene sobre el campesinado. Resulta difícil atribuir el paralelismo que se observa entre ambas formas (británica y rusa) de acumulación de capital a la marcha objetiva de la historia. La Revolución de Octubre de 1917, seguida de la guerra civil de 1918-1921 representa indudablemente una línea divisoria fundamental en la vida de la sociedad rusa. Sin embargo, la desaparición de las grandes fincas y la revitalización de las comunas significó, por un lado,

la persistencia de las características del campesinado y, por otro, la continuidad del dualismo «social preexistente»³⁷.

En el más lúcido análisis hasta ahora realizado de ese proceso se establece en forma contundente que «el contexto ruso de mecanismo de cambio social rural fue siempre poderosamente influido... por el gobierno, el estado y, después de la Revolución, por el partido». Las diferentes políticas seguidas «representaron, entre otras cosas, elecciones conscientes de diferentes vías hacia la industrialización»³⁸. En cualquier caso, si analizamos las divergencias entre los procesos de modernización de todos aquellos países que han experimentado tal cambio las semejanzas, sobre todo en lo que se refiere al campesinado, en los paradigmas «oriental» y «occidental» son tan estrechas que nos obligan a pensar en una «imitación consciente, aunque infortunada, del modelo histórico inglés, según la descripción de Marx y las interpretaciones de Lenin y Stalin».

Para Palerm, «la ideología oficial de la dictadura burocrática exige que los campesinos sean considerados como un vestigio del pasado, un grupo social condenado a la extinción, de una fuerza reaccionaria y una amenaza para la construcción del llamado socialismo»³⁹.

III. El campesino como residuo anacrónico

La masa que articula, a modo de pegamento ideológico, las distintas conceptualidades del pensamiento liberal sobre la modernización agraria es su concepto de campesinado. Merece la pena que consideremos, aunque sea esquemáticamente, su génesis y contextualización teórica.

Se debe a Robert Redfield el primer esfuerzo sistemático por caracterizar, dentro de la tradición liberal, el concepto de campesinado. Para ello parte de la construcción de un tipo ideal weberiano que denomina la *folksociety*. Esta se nos presenta como una sociedad demográficamente «pequeña, aislada, sin educación formal, homogénea y con un fuerte sentido de solidaridad de grupo. Sus formas de vida adoptan un carácter convencional dentro de ese sistema coherente que llamamos «una cultura». El comportamiento es tradicional, espontáneo, acrítico y personal: no existe legislación o hábito de experi-

mentación y reflexión con miras intelectuales. La afinidad, y más concretamente, sus relaciones e instituciones, son las categorías-tipo de la experiencia y el grupo familiar es la unidad de acción. Lo sagrado prevalece sobre lo secular; la economía tiene más que ver con el status que con el mercado»⁴⁰. No se trata de caracterizar en forma precisa una determinada sociedad, sino de construir un modelo «creado únicamente porque gracias a él se espera poder comprender la realidad. Su función estriba en sugerir aspectos de sociedades reales que merecen ser estudiadas y, especialmente, sugerir hipótesis tales como aquélla que bajo ciertas condiciones definidas pueda, en términos generales, ser cierto acerca de la sociedad»⁴¹. Lo importante de tal caracterización es su pretensión de universalidad, tanto en el tiempo como en el espacio⁴²:

«La sociedad y cultura campesinas poseen algo genérico. Es una suerte de adaptación de la humanidad con algunas similitudes a lo largo y ancho del mundo.»

Al contrario de lo que hasta entonces había sucedido en los intentos de definir, desde una perspectiva teórica, las diferencias entre las formas de vida rural y urbana⁴³; Redfield pretende definir al campesinado respaldado su definición con una clara evidencia empírica⁴⁴. No obstante, el trabajo de Redfield fue replicado también en términos de empiria por Oscar Lewis dentro de la tradición antropológica.

La aportación de Redfield creemos que aún no ha sido justamente ponderada, ya que su valoración inicial surgió de la dimensión de continuidad que dio al trabajo de Kroeber. Para Redfield los campesinos pueden considerarse como rurales aunque vivan en relación con el mercado de las ciudades; forman un segmento de clase de una población mayor que normalmente contienen centros urbanos y, a veces, capitales metropolitanas. Constituyen *part-societies* con *part-cultures*⁴⁵. Una característica que más adelante se revelaría como esencial a esta «part-society» es que el campesinado mantiene una «relación de status» con la élite que se encuentra sobre él. Esta élite puede ser el señor de las sociedades feudales, el déspota o sus visires en las sociedades hidráulicas orientales o el latifundista en las sociedades pre-democráticas actuales, pero en cualquier caso el campesinado es siempre un sector social oprimido de la sociedad. Esta relación no toma siempre las formas de «governador y gobernado o explotador y explotado», tal como ha sido ejemplarizado más arriba «aunque elementos de este tipo están casi siempre